

GALDOS y NICOLAS ESTEVANEZ vistos por BAROJA

Pío Baroja es uno de esos escritores que tienen la virtud de suscitar antipatías enconadas y simpatías apasionadas. Su obra literaria es un continuo fustigamiento de la cretinez humana, del perjuicio, de los mitos, de las convenciones que dominan a la sociedad; y, también, una apología al individualismo, a la libertad, a la independencia del hombre frente a la disciplina hipócrita que impone la convivencia. Baroja, con tales convicciones, fue un hombre que se expresó claramente sobre aquellos temas que le preocupaban, sin temor, obvio es decirlo, a las consecuencias que pudieran acarrearle su franqueza. El era un hombre solitario; se bastó siempre a sí mismo; y, afortunadamente, al no depender de nadie, pudo pasar por alto aquellos peligros.

Las opiniones de Baroja pueden o no pueden ser aceptadas. En ellas hay algo de arbitrario; pero a las mismas es imposible negarle frescura y espontaneidad; y, en muchísimas ocasiones, certeza, acierto pleno. Pero su común denominador es apartarse de la norma habitual: son, siempre, diferentes.

Entre los numerosos personajes que ocuparon la atención de Baroja figuran Pérez Galdós y Nicolás Estévanez, dos ilustres canarios; escritor, como es sabido, el primero, y militar y político (y escritor también a ratos), el segundo. Vamos a sistematizar, brevemente, su juicio sobre ambos.

GALDOS

Baroja, en sus "Memorias de un hombre de acción", había novelado un periodo de la historia de España que también ocupó a Galdós. Algunos críticos afirmaron que Baroja había procedido como un seguidor e imitador de aquél. Baroja rechazó ese juicio, afirmando que la manera literaria de Galdós "no me entusiasmaba ni me produjo deseo de imitarla". Por otra parte, la concepción que ambos tenían de la historia era muy diferente. "Galdós —decía Baroja— ha ido a la historia por afición a ella; yo he ido a la historia por curiosidad a un tipo; Galdós ha buscado los momentos más brillantes para historiarlos; yo he insistido en los que me ha dado el protagonista". Indudablemente, la distinción que hace Baroja entre su obra y la de Pérez Galdós es exacta. Los "Episodios Nacionales" —al menos sus primeras series— tienen un tono épico, heróico, que contrasta

con el de crónica cotidiana que poseen los relatos barojianos. También el criterio histórico de los dos novelistas era distinto: mientras Galdós presenta a "España como un feudo aparte" Baroja la supone "muy unida a los movimientos liberales y reaccionarios de Francia". Igualmente discrepan acerca de la continuidad de las condiciones sociológicas del país; Galdós "da la impresión de que la España de la Guerra de la Independencia está muy lejos de la actual; yo casi la encuentro la misma de hoy, sobre todo en el campo". Baroja no reconoce que Galdós haya hecho nada como investigador. Para construir sus novelas se ha limitado a lo ya escrito en los libros de los especialistas; él, en cambio ha "trabajado algo más". "He buscado en los archivos —añade Baroja— y he recorrido los lugares de acción de mis novelas, intentando recons-



Benito Pérez Galdós

truir lo pasado". Desde el punto de vista estilístico, la obra de Galdós "parece una colección de cuadros de caballete, de toques hábiles y de colores brillantes"; la de Baroja recuerda "grabados en madera hechos con más paciencia y tosquedad".

En líneas generales, las argumentaciones de Baroja son válidas; entre él y Galdós hay escasa afinidad; son dos novelistas diferentes, que tienen de su arte concepciones distintas y proceden de acuerdo con ellas. Galdós es un escritor más burgués, con menos fantasía y con más prejuicios que Baroja. Galdós, según Baroja, tenía la "idea de que escribía para un público de buenos burgueses, un poco lerdos e incapaces de mirar un libro y de tener una idea propia sobre algo". En otro texto, Baroja reconoce que Galdós tenía "condiciones para hacer algo importante, pero pensaba sobre todo

en el éxito y en el dinero... y así... no se podía llegar a lo alto".

Con respecto a esta pregunta subordinación de Galdós a los gustos y apetencias del público "hablando en necio para darle gusto", Baroja cuenta algunas anécdotas que ponen de relieve la actitud pusilánime, o cuando menos cauta, del autor de "Fortunata y Jacinta". En una ocasión, en 1905 ó 1906 según Baroja, paseando éste con Galdós por Madrid, el escritor canario le contó al vasco una serie de interesantes detalles sobre el asesinato de Prin y de la gente que se había relacionado con él: "policías, masones, revolucionarios, aventureros y amigos de Montpensier". Galdós conocía el nombre de todos los que habían intervenido en el crimen, y de cómo se había gestado aquél. Baroja le preguntó si él escribiría un Episodio Nacional contando todos aquellos detalles, a lo que Galdós contestó afirmativamente. "Luego, continúa Baroja, dos o tres años más tarde, Galdós publicó "España trágica", y cuando me dijeron que hablaba de la muerte de Prin compré el libro enseguida. De cuanto me había contado no decía nada. Yo me quedé en el mayor asombro". La otra anécdota se refiere al estreno de "Electra", estreno tumultuoso que dió lugar a manifestaciones en que se gritaba "¡Abajo el clericalismo! ¡Viva Galdós!" Baroja, también en esta ocasión acompañó a Galdós a su casa desde el teatro. Al preguntarle qué pensaba hacer, Galdós contestó "Yo me voy al extranjero. Yo no tengo nada que ver con estas algarradas", a lo que replicó Baroja: "Don Benito, yo comprendo que no tenga Vd. relación con un movimiento político, si lo que presenciemos es político; pero Vd. no puede negar la tendencia de su obra". Galdós se despidió de Baroja "inquieto y afectuoso", y el vasco comentó: "Tengo que reconocer que la actitud de Galdós no me fue completamente simpática. Tanta pusilanimidad me pareció excesiva. Yo creo que cada hombre debe responder de sus ideas..."

Físicamente, Baroja retrata a Galdós indicando que "no tenía apariencia de gran cosa. Su estatura no era excesiva, un poco encorvado; de primera intención no hacía efecto; pero, a veces, había en él una mirada de sus ojos

pequeños y negros, como un relámpago de ironía y de malicia".

Indudablemente, el Galdós que vió Baroja no es un gran personaje. Quizás porque siempre tuvo la mala fortuna de sorprenderlo en instantes de debilidad; acaso porque no quiso recordar de él sino ese aspecto negativo. De cualquier forma, sus observaciones acerca de la obra de Galdós, y de las diferencias que existen entre ella y la suya propia, son bastante certeras.

NICOLAS ESTEVANEZ

Baroja conoció a Nicolás Estévanez en París, en 1899 ó 1904 (el novelista no recuerda la fecha exacta), y fue precisamente Galdós quien le dió una carta de recomendación para aquél. Baroja sintió inmediatamente una gran simpatía por el viejo revolucionario, cosa nada extraña pues Estévanez encarnaba hasta cierto punto el ideal del hombre rebelde que tanto entusiasmaba a Baroja. "Don Nicolás Estévanez, ex-ministro de la República, era un hombre simpático y alegre, terco y arbitrario". "Había sido un revolucionario, y quería seguir siéndolo" comenta Baroja también encontró en Estévanez un puntual informador de las características de la vida parisien durante el segundo Imperio, época en la que se situando de sus novelas, "Los últimos románticos" y "Las tragedias grotescas". El conspirador y el novelista se veían a menudo en la terraza de algún café; Estévanez llevaba "un papel con notas, para recordar anécdotas que quería contarme"

En París, y en esa época ya tardía en la vida de Estévanez, -murió en 1914 y había nacido en 1838- aún participaba éste en enredos y conspiraciones, Baroja lo supone al tanto del atentado de Mateo Morral contra los Reyes de España, (1906) aunque dude de su efectiva participación en él, tal como entonces se creía. "Un anarquista me dijo que la bomba que lanzó Morral en Madrid la había llevado Estévanez desde París a Barcelona... Supongo que esto sea una fantasía, pero yo tengo la seguridad de que Estévanez sabía de antemano, antes del atentado, que éste se iba a cometer"

Pese al entusiasmo de Baroja por el conspirador, aquel no creía ya en su efectividad revolucionaria: "para mí -dice- era



Pío Baroja, visto por Picasso

una prueba viva de que el hombre que tiene más de cuarenta años no es revolucionario más que de nombre". Estévanez, "hombre corpulento, de ojos azules, perilla larga y mejillas sonrosadas", parecía un militar del segundo Imperio. Era muy desdeñoso y sentía un gran desprecio por los políticos. Su cultura se había quedado rezagada; era, según Baroja, "militar de alma. No encontraba repugnante la guerra, le parecía natural". Sentía un raro fervor por el idioma, y reprochaba el empleo de galicismo. Aunque era federal, tenía poca simpatía por las regiones que no hablaban castellano, quizá por aquel mismo fervor idiomático. Baroja con cierta admiración advierte que Estévanez, "que podía haber sido en España capitán general, vivía muy pobremente, como un completo bohemio, de traductor".

En definitiva, Estévanez no fue para Baroja un gran intelectual sino un hombre de aventura. "Discurriendo -dice- estaba a la misma altura que Morote o Zayas, es decir, a la altura de cualquiera". "Pero en la acción era algo" y añade: "algo formidable". Viniendo de Baroja, no se puede pedir elogio mayor.

L. S.